



LAM.^a 35.

RODRIGO

TRIGÉSIMO QUINTO, Y ÚLTIMO REY DE LOS GODO
PRINCIPIÓ A REYNAR EL AÑO DE 709 DE CHRISTO,
REYNÓ TRES AÑOS LOS DOS AUN VIVIENDO SU
ANTECESOR WITIZA, Y EL UNO SOLO, ACABANDO
SU MEMORIA EN EL AÑO DE 712 EN QUE SE DIÓ LA BA
TALLA DE GUA DALETE, CON LA QUE TERMINÓ LA
MONARQUÍA DE LOS GODO EN ESPAÑA.

DIFERENTES ESFERAS, DIFERENTES DINÁMICAS. LA TRANSFORMACIÓN DE VALENCIA Y SU REGIÓN DURANTE EL SIGLO VIII

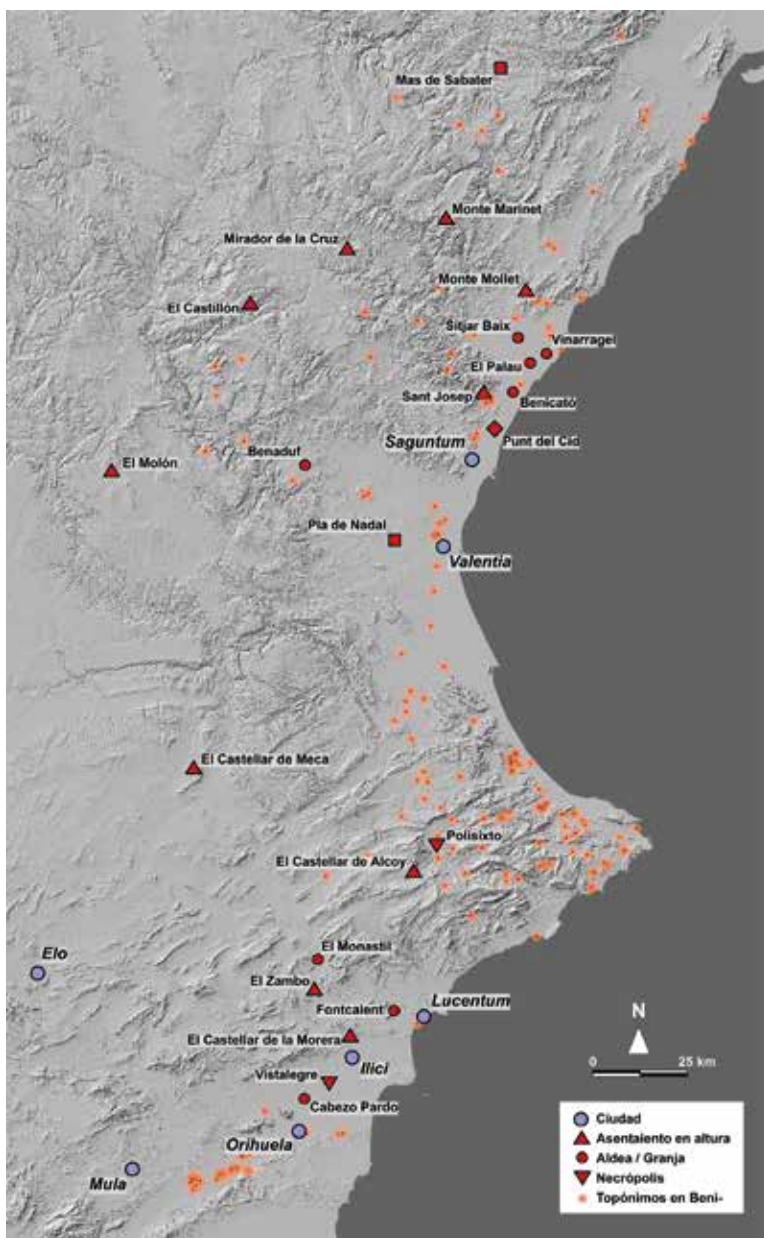
Julián M. Ortega, *Universidad de Zaragoza*

Hace ahora cincuenta años, en 1969, apareció dentro de las páginas de la revista *Mélanges de la Casa de Velázquez*, el órgano de difusión de la institución cultural francesa del mismo nombre, un artículo firmado por un joven investigador, Pierre Guichard, bajo el título «*Le peuplement de la région de Valence aux deux premiers siècles de la domination musulmane*». En él, su autor se preguntaba por las razones que justificaban la ausencia casi total de testimonios escritos sobre la temprana implantación de los musulmanes en esta región «lejana, mal conocida y muy a menudo hostil». Las respuestas de Pierre Guichard en este seminal trabajo, que se fundamentaban en el uso combinado de los textos y la toponimia, apuntaban más a los prejuicios etnocéntricos de los cronistas árabes contra los bereberes que a su escasa densidad demográfica, que

parecía particularmente elevada en esta parte de al-Ándalus. El apoyo de la arqueología a esta tesis vino después, gracias a la intensa colaboración de Guichard con André Bazzana. Su caracterización del paisaje tribal, generado por la instalación de los bereberes en el medio rural, pronto señaló el papel determinante que adquirieron, al parecer desde fechas tempranas, los pequeños asentamientos campesinos denotados por la toponimia en «Beni-» y las fortificaciones, llamadas *ḥuṣūn* en los textos árabes, que sirvieron de refugios colectivos a una población campesina siempre celosa de su autonomía política.

El principal rasgo conceptual de esta narrativa ha sido desde sus primeros esbozos una clara propensión a centrar su atención en la caracterización de las estructuras sobre los procesos de cambio social. Mi aproximación a esta cuestión en las siguientes páginas intentará seguir una línea distinta, procurando realizar un breve repaso a los principales contextos materiales del siglo VIII para tratar de observar qué tipo de transformaciones detonó la conquista

<1 Grabado del rey Rodrigo. *Retratos de los reyes de España desde Atanarico hasta nuestro católico monarca don Carlos III...*, p. 218. García de la Huerta, Vicente (1734-1787) Rodríguez, Manuel Mariano (1729-1802) - grab. Ibarr. © Biblioteca Nacional de España.



islámica de *Spania* en el 711 y distinguir las dinámicas que llevaron a la desaparición en esta región del legado visigodo.

Comenzaré por las ciudades, el objetivo militar prioritario de los combatientes musulmanes. Ningún testimonio de violencia atribuible al avance musulmán ha sido detectado hasta la fecha en las viejas ciudades que consiguieron retener su papel de cabecera regional. Lo que sí ha dejado rastro es uno de los acuerdos de paz negociados entre la máxima autoridad de aparato administrativo y militar de ocupación y un alto representante del Estado godo en la zona, el suscrito en abril de 713 por el emir *ʿAbd al-ʿAziz* y el *dux*, *comes* Teudemiro, cuya aplicación se extendía a los territorios de Orihuela, Mula, Lorca, *B.l.nt.la* (*Valencia?*), Alicante, *Ello* (Minateda) y Elche (o *Begastri*). Todo indica que durante unas décadas el pacto fue respetado, probablemente debido al mantenimiento, durante esta primera etapa, de la autoridad episcopal como correa de transmisión entre la población local y el poder musulmán. Sin embargo, hacia mediados de siglo, el pacto debió quedar en papel mojado. Ello explica que, en el Tolmo de Minateda (Hellín), el conjunto formado

Mapa de los lugares citados en el texto. Se añaden la distribución de los topónimos en Beni- a partir de un volcado sistemático de los presentes en los mapas del IGN a escala 1:25.000.

por la basílica y el *palatium* episcopal asistieron desde esas fechas a sucesivas campañas de expolio, que desembocaron en la instalación de una barriada residencial plenamente constituida hacia finales de la octava centuria.

Por su parte, el urbanismo de la antigua *Lucentum* había experimentado, durante la segunda mitad del siglo VII, una retracción tan severa que apenas constituía un *castrum* aupado sobre la cima del Benacantil, en torno al que se desperdigaban algunas pequeñas implantaciones rurales con cementerios anejos. El paso a dominio musulmán parece haber alterado poco las rutinas de estos establecimientos, que, desde luego, no experimentaron a corto plazo nada parecido a un florecimiento, más bien lo contrario. Los únicos testimonios claros de actividad durante los primeros compases del siglo VIII se concentran en torno a la Albufereta, en el pequeño establecimiento del Tossal de les Basses y la gran necrópolis del Tossal de Manises, a la que luego me volveré a referir.

Más al norte, *Valentia* evidencia mejores condiciones para conservar algo de su anterior vigor urbano en torno a su monumental *episcopium*, que se mantuvo sin grandes cambios, aunque de manera poco intensa, hasta mediados del siglo VIII, momento en el que pueden fecharse unas pocas sepulturas localizadas en torno a la memoria martirial y el mausoleo cruciforme. La instalación de la nueva autoridad islámica tampoco tuvo aquí un impacto inmediato sobre el urbanismo. Los contextos andalusíes más tempranos detectados hasta la fecha corresponden con pocas excepciones a rellenos de colmatación de silos o fosas del siglo IX y algunas instalaciones artesanales dedicadas al curtido de pieles.

Los testimonios directos del establecimiento de los conquistadores en las ciudades y toma de control de sus principales resortes de poder son, pues, muy tenues. El principal tal vez sea el que proporciona la moneda. Las últimas emisiones monetarias de los monarcas godos en la región corresponden a las batidas en las cecas de Sagunto y Valencia en tiempos de Égica-Witiza (698-702). Su circulación parece haber sido en todo caso limitada, como sugiere su ausencia entre los hallazgos registrados en el levante y sudeste peninsulares, donde solo figuran el tremís de Égica-Witiza acuñado, hallado en la Alcudia de Elche y la serie documentada en el Tolmo de Minateda, compuesta por un tremís de Égica-Witiza y otros cuatro más acuñados durante el reinado en solitario de Witiza (702-710). En cualquier caso, la moneda andalusí de primera época tampoco resulta muy abundante. Los hallazgos de dinares se reducen al ejemplar con leyenda latina acuñado en el norte de África, entre los años 704-714, que apareció en Sagunto. Los dirhams, por su parte, están representados por dos ocultaciones, una descubierta en Yecla y otra en Alicante en 1913, cuya última moneda fue acuñada en 742. Los feluses presentan una localización parecida, muy concentrada en el actual espacio alicantino. Esta desigual distribución ha sido relacionada por el control fiscal ejercido en Tudmīr del *ýund* egipcio establecido en esta zona.

El problema del control territorial de los conquistadores, más allá de los maltrechos recintos urbanos, es una cuestión sujeta a debate. En el medio rural, el rastro dejado por las campañas militares resulta tan imperceptible como en las ciudades. La única excepción, dudosa, corresponde al gran recinto fortificado del Punt del Cid

(Almenara), que en alguna ocasión ha sido identificado como un campamento de época de la Conquista. La posterior ocupación y administración temprana también plantea numerosas incógnitas. Algunos autores han sostenido la existencia de torres de comunicación óptica que habrían servido como puntos de soporte del aparato de control territorial para los conquistadores, pero los apoyos materiales de esta idea son bastante endeble.

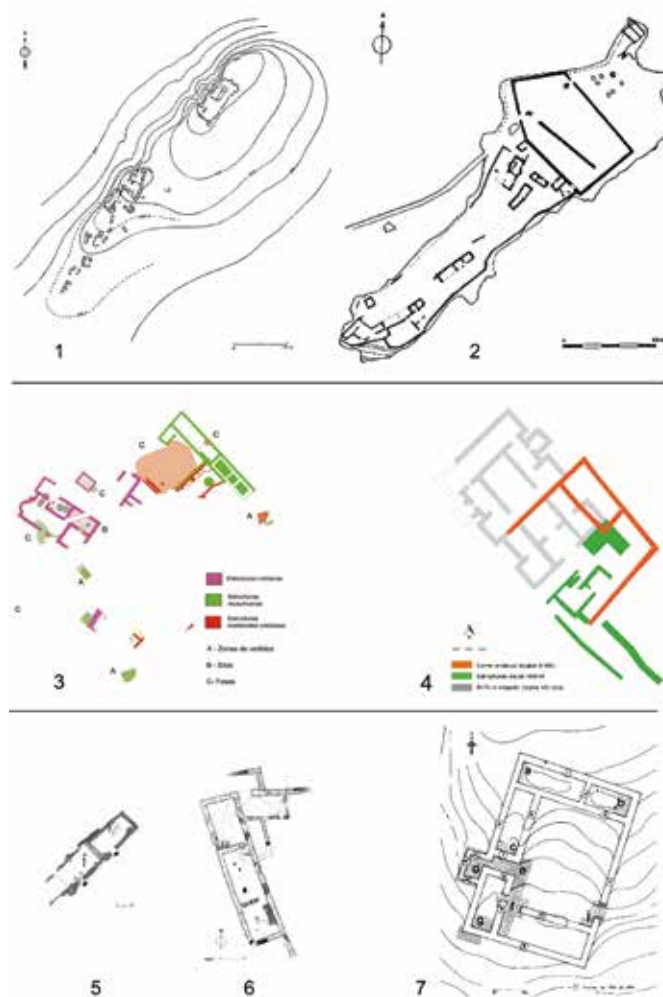
Distinto es el problema que afecta a los establecimientos situados en topografías destacadas que comenzaron a surgir a partir de finales del siglo IV. Se trata de pequeños poblados enriscados sobre cotas considerables que completan la capacidad defensiva de su posición con cierres amurallados, a veces extensos pero muy simples en su diseño y ejecución: fábricas de piedra seca, cortinas adaptadas al terreno, ausencia de bastiones de refuerzo, accesos directos carentes de obras de flanqueo, etc. Lo que resulta más complicado de establecer es durante cuánto tiempo se mantuvieron en activo estos incómodos centros fortificados y, de manera más concreta, cuál fue su destino durante el siglo VIII. En algunos casos experimentaron un abandono temprano, antes de concluir el siglo VI, como parece suceder en Sant Josep (la Vall d'Uixó), Arco Fuentes (Soneja), el Castellar (Alcoy), el Castellar de la Morera (Elche) y el Zambo (Novelda / Monóvar). En unos pocos casos, no obstante, se ha constatado su perduración hasta la siguiente centuria, como ocurre con el Monastil (Elda), cuya última fase de ocupación data de finales del siglo VII y principios del siglo VIII. Es seguro, de todas maneras, que las instalaciones en altura siguieron produciéndose después de la conquista islámica. El mejor ejemplo de ello posiblemente lo ofrezca El

Molón (Camporrobles), cuya existencia se prolonga desde mediados del siglo VIII hasta bien entrada la siguiente centuria. Es también seguro que algunos de los antiguos *castra* volvieron a ser ocupados, seguramente en el contexto de la *fitna* del siglo IX, como sugieren los ejemplos, ya citados, de el Zambo, el Castellar de la Morera y el Castellar de Alcoy. Una dinámica semejante se puede entrever, más al norte, en lugares como El Castellón (Manzanera), Monte Mollet (Villafamés) y Monte Marinet (Chodos). Más allá de la indefinición cronológica que todavía complica los intentos por acotar los trechos de ocupación en estos asentamientos, el problema principal que continúan planteando este grupo de asentamientos es el de la identidad de sus ocupantes, aunque existen indicios que apuntarían a la presencia de elites en algunos de ellos, como el Monastil.

La desorganización de las redes de poder aristocráticas resulta, en todo caso, evidente. El abandono del palacio de Pla de Nadal (Riba-roja de Túria) constituye la mejor prueba de ello. El conjunto fue destruido por un potente incendio que tuvo lugar algunas décadas después de su construcción (si es que esta llegó a finalizarse). Notable interés reviste en este sentido el reciente hallazgo en la partida de els Casals del Mas de Sabater (Morella), de un singular edificio de planta tripartita, fachadas laterales abastionadas y zócalos de mampostería reforzada con sillería en los vanos, aunque sin elementos arquitectónicos ornamentales. Según José M. de Antonio y Ramiro Pérez, que han dado a conocer el yacimiento, la construcción, de sobrio tono áulico, fue erigida en las últimas décadas del siglo VI y se mantuvo sin cambios durante toda la centuria siguiente hasta que, a principios del siglo VIII, experimentó una importante refor-

ma, datada por un tremís de Witiza, que tapió varios vanos y elevó los suelos. Poco después, el edificio fue abandonado, lo que ocasionó su ruina progresiva, con el consiguiente derrumbe de las paredes sobre los silos y suelos.

La alteración de las tramas del poblamiento rural presenta otras derivadas, que aquí solo cabe resumir. Una de ellas afecta a la pervivencia de las antiguas *villae* y sus fundos. La mayor parte debió desaparecer por completo debido a la tremenda criba a que fue sometida durante todo el siglo v la red que formaban estas implantaciones. Las que lograron sobrevivir, experimentaron un proceso de reconversión en granjas de plano muy laxo, generado por una combinación de áreas de residencia, de trabajo –silos, prensas– y de enterramiento. Es posible que alguno de estos establecimientos perdurara durante el siglo vii, aunque el enrarecimiento de la vajilla fina de importación complica la identificación de estas fases tardías de ocupación. La desaparición de muchos de estos establecimientos se puede rastrear también en «aldeas» como la de Sitjar Baix (Onda), cuya excavación deparó el hallazgo de gran cantidad de cerámica de los siglos vi y vii, que incluía algunas producciones ebusitanas, pero no materiales de cronología emiral. Similar es el caso de Fontcaient, localizado en las cercanías de Alicante, cuya última fase de ocupación se extiende desde mediados del siglo vii hasta las primeras décadas del siglo viii. De todos modos, es seguro que se dieron también nuevas fundaciones, aunque desconocemos en qué grado compensaron los numerosos abandonos antes apuntados. Es el caso del llamado Cabezo de los Ojales (San Isidro/Granja de Rocamora), empleados desde mediados del siglo viii como ubicación de los distintos sectores que integraban un asentamiento de plano disemi-



Asentamientos y viviendas. 1. Monte Mollet (Villafamés); 2. El Molón (Camporrobles); 3. El Palau (Burriana); 4. El Casals de Mas de Sabater (Morella); 5. El Molón (Camporrobles); 6. Cabezo Ojales (San Isidro / Granja de Rocamora); 7. Monte Mollet (Villafamés).

nado, con un área de almacenamiento en el Cabezo Pardo y otra de residencia en el vecino Cabezo de los Ojales. Justo aquí se ha sacado a la luz parte de un complejo doméstico compuesto por dos edificios articulados en torno a una especie de patio exterior.

Más complicado resulta vincular el surgimiento de asentamientos de este tipo a la multiplicación de topónimos en «Beni-». Muchos de ellos están vinculados a asentamientos romanos, como sucede con Benicató (Nules) y Benaduf (Villar del Arzobispo), pero las excavaciones realizadas en estos yacimientos no han aportado materiales posteriores al siglo vi. En la alquería de *Beniham*, que se implantó sobre las ruinas de la *villa* romana de el Palau (Burriana), los materiales más tempranos que se han constatado hasta la fecha pertenecen al siglo ix. En la cercana alquería de *Benirrage*, que estuvo situada en la actual partida de Vinarragell (Burriana), la mayor parte de las cerámicas andalusíes recuperadas arrojan dataciones aún más tardías, de los siglos xii y xiii.

Otro aspecto sobre el que merece la pena detenerse un momento es el relativo a la morfología de las viviendas rurales, un aspecto que necesariamente hay que poner en relación con la organización de los grupos familiares. El tipo tradicional corresponde a unidades de planta rectangular con un número variable de divisiones internas. Su perduración hasta mediados del siglo ix puede comprobarse en el Tossal de les Basses. (Alicante), pero también en *castra*, como El Molón, y asentamientos rurales, como Cabezo de los Ojales. Las primeras muestras claras de adopción de las típicas viviendas andalusíes de patio central, que se rastrean en Monte Mollet y Monte Marinet,

quizás permitiría adelantar su introducción en esta zona a mediados del siglo ix.

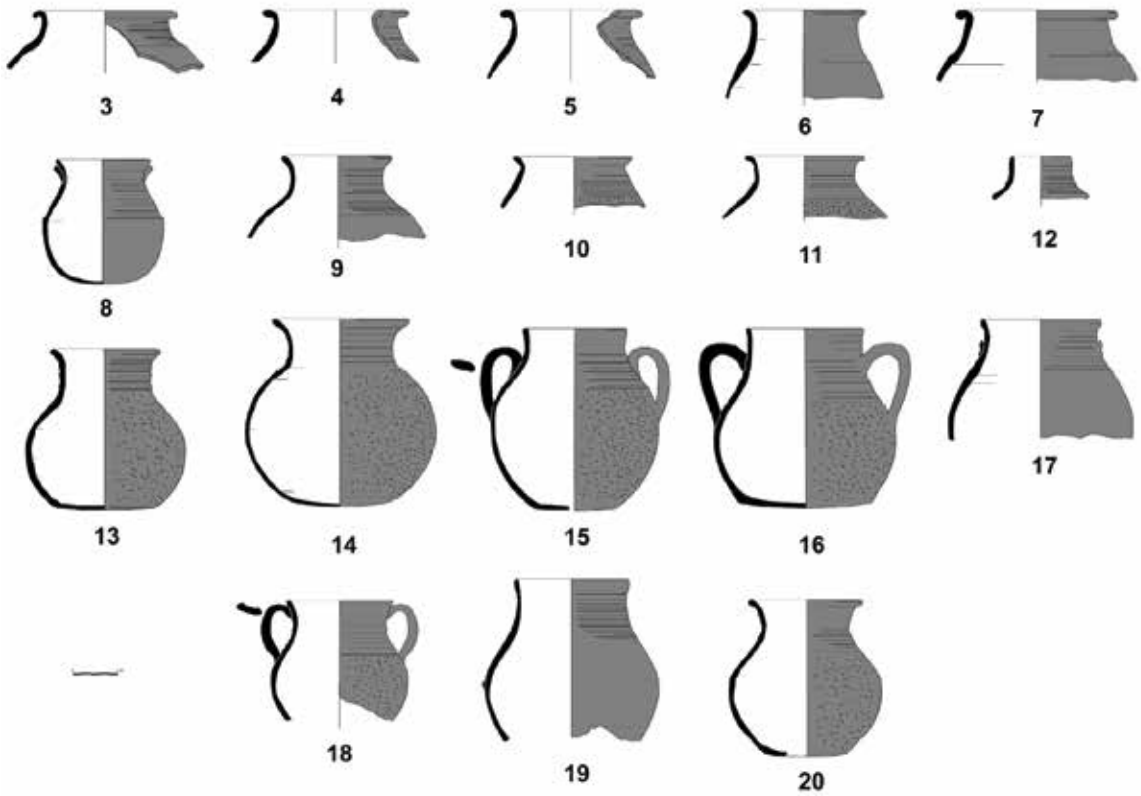
Un segundo aspecto de esta misma discusión es el relativo a las rutinas domésticas y en particular a las culinarias, que desde el siglo ix evidencian una acusada regionalización de las distintas herramientas cerámicas empleadas en los procesos de cocción. Así, mientras en las comarcas meridionales predomina la marmita de base plana y paredes rectas, de clara tradición tardoantigua; en el norte, en torno a las provincias de Castellón, Valencia, Teruel y Tarragona, resulta mucho más frecuente la «olla levantina», de origen más discutido. Las marmitas formaban parte de un conjunto de artefactos culinarios y de servicio de alimentos que comenzó a experimentar cambios a partir de la segunda mitad del siglo viii y que, a finales de esta misma centuria, comienza a incorporar novedades procedentes de otras regiones islámicas, como el *tannur*, el arcaduz y la jarra carena (tipo T20). Las ollas levantinas han recibido menos atención, aunque merece la pena reseñar rápidamente algunas novedades, como el lote procedente del Mirador de la Cruz (Rubielos de Mora). Compuesto de manera casi íntegra por ollas de gran formato, gruesas paredes, perfil globular con cuello acampanado y bordes vueltos de labio redondeado, los tratamientos de superficie que presentan estas piezas se reducen al intenso espatulado en la panza de algunos de los ejemplares y la presencia del característico anillado del cuello, que tampoco constituye una norma generalizada. Con paralelos evidentes en el Punt del Cid (Almenara), la cronología de esta producción, que con seguridad hay que situar en las fases más tempranas de desarrollo de la olla levantina, apuntaría al siglo viii, sin desechar un origen anterior.

Los párrafos previos han servido para hacer algunas consideraciones sobre las dinámicas que experimentaron, a raíz de la conquista islámica, las estructuras de poder (ciudades, monedas) y socio-económicas (pautas de poblamiento, espacio doméstico). Lo que resta, es preciso dedicarlo al proceso de islamización y a la adopción de nuevas identidades religiosas y culturales que se inició en el siglo VIII. Singular importancia reviste en este capítulo el reciente hallazgo en el Tolmo de Minateda de una botella que porta sobre su superficie una inscripción pintada donde se pueden leer dos nombres, Saʿīd y ʿĪarīr, junto a la frase «Ibn Nabdak (?) se dirigió a una mezquita», o quizás, «Ibn Tīdakaš (?) (está) en una mezquita». El contexto estratigráfico del que procede esta pieza apunta a una cronología de la primera mitad del siglo VIII. La precocidad de esta referencia a un lugar de oración casa bien, por lo demás, con la aparición de oratorios islámicos en el medio rural a partir de la generación siguiente, concretamente en El Molón, donde han sido exhumadas dos mezquitas adyacentes, cada una con su sala de oración y su propio *miḥrāb*, pero precedidas por un patio común.

Otro indicador relevante del proceso de islamización, lo proporcionan los cambios ocurridos en los rituales de enterramiento. En algunos lugares es posible observar que la conversión religiosa no implicó ningún tipo de ruptura topográfica. Así sucede en Segóbriga (Saelices), pero también en el Tolmo de Minateda, cuya necrópolis septentrional ha deparado el hallazgo de tumbas de rito cristiano (tres sepulturas individuales y un enterramiento infantil doble) junto a otras de rito islámico (doce inhumaciones con cadáver en decúbito lateral). La documentación de Alicante

apunta en el mismo sentido. En el Tossal de les Basses se ha descubierto una extensa necrópolis tardoantigua, de la que se han excavado más de ochocientas tumbas, algunas de ellas de ritual islámico. Concretamente, en la Zona I del Área I, se han exhumado una decena de enterramientos, dos de los cuales (tumbas 6 y 7) han proporcionado dataciones por ¹⁴C centradas en el siglo VIII. El cementerio del Tossal de Manises, al otro lado de la Albufereta, carece, por su parte, de precedentes cristianos. Está compuesto por un centenar de inhumaciones dispuestas en decúbito lateral dentro de fosas simples dotadas en su base de un nicho lateral y una especie de prefosa superior, cerrada en ocasiones con lajas inclinadas. La datación por radiocarbono de los enterramientos más antiguos en el siglo VIII ha llevado a relacionar el origen de esta necrópolis con el asentamiento en *Laqant* de un contingente del ejército sirio llegado para sofocar la revuelta bereber del 740.

Algunas de estas necrópolis, presumiblemente activas antes del 711, como la de Vistalegre (Crevillent) y la de Polisixto (Concentaina), se abandonaron antes de que la comunidad que las utilizaba diera muestras de islamización, aunque, a falta de dataciones radiocarbónicas, resulta imposible concretar el momento. Conviene recordar en este sentido que, durante la segunda mitad del siglo VIII, en el valle bajo del Segura todavía fundaban granjas grupos campesinos de confesión cristiana. Así lo indica el pequeño cementerio detectado en el Cabezo Pardo, del que han podido excavar dos tumbas de fosas simples con paredes reforzadas mediante mampuestos de pequeños bloques, que también fueron empleados en las cubiertas. La número 2 albergaba los restos de un individuo colocado en de-



cúbite supino, que ha podido ser fechado entre los siglos VIII y IX. En todo caso, los tres individuos enterrados junto a la doble mezquita descubierta en El Molón (Camporrobles) –uno de ellos fallecido en torno al 770, según indica el análisis de ¹⁴C– apuntan a la existencia de poblaciones rurales tempranamente islamizadas que, no obstante, continuaban aferradas en algunos aspectos a sus modos de vida tradicionales (asentamiento en altura, casas-bloque).

Este último ejemplo me sirve como pie para una última reflexión. En 1969, Pierre Guichard vislumbró en la geografía valenciana un al-Ándalus nuevo. Hoy, cincuenta años después, continúa la necesidad de renovar al-Ándalus, y la geografía del levante peninsular sigue siendo un laboratorio privilegiado para hacerlo. Es posible, por ello, que sea conveniente mudar la agenda y orillar el debate sobre si el 711 representa una cesura neta e instantánea respecto del Estado goda o si se trata más bien del inicio de un proceso lento de cambio. En mi opinión, sería preferible analizar las transformaciones que llevaron a la desaparición del *regnum visigothorum* en función de la esfera social y cultural que se aborde. El derribo de las instancias de poder que constituían la monarquía visigoda fue tan rápido como lo fueron las operaciones militares destinadas a quebrar su resistencia. La ruptura

fue, en esto, manifiesta. El viejo aparato administrativo de los godos se mantuvo activo durante algunas décadas, lo mismo que los duques, condes y obispos más proclives a someterse a la jurisdicción del califa, pero desde mediados del siglo VIII ese entramado fue desplazado por el control más directo que en las ciudades pudieron implantar los emires de Córdoba. La quiebra de la aristocracia en el medio rural también empezó a resultar evidente por esas mismas fechas, como dejan entrever los abandonos de *castra* y residencias campestres más o menos áulicas. La alteración de las redes de poblamiento operó seguramente a otro ritmo, difícil por ahora de concretar debido a la indefinición en que todavía se mueven nuestros principales indicadores cronológicos, especialmente en las comarcas más septentrionales. Por un lado, se asiste a un significativo número de abandonos de poblados y cementerios, pero también, por otro, al surgimiento de otros nuevos. Es seguro, en todo caso, que, más allá de las estructuras de poder y de la organización social del espacio, las transformaciones de las rutinas domésticas se movieron a ritmos más pausados. El tipo de vivienda y de menaje empleado en su interior solo comenzó a experimentar modificaciones significativas a partir de los inicios del siglo IX, mucho después de que los ejércitos musulmanes desembarcaran en Algeciras. El paisaje guichardiano de *husūn* y alquerías formadas por unas pocas viviendas de patio central, que adoptaron topónimos en «Beni-», parece surgir precisamente a partir de entonces.

Diferentes regiones, diferentes esferas, diferentes dinámicas. Las nociones de «ruptura» y «transición» difícilmente permiten capturar esa complejidad.

<| Ejemplos tempranos de «olla valenciana» (ss. VIII-IX). 1-5. El Mirador de la Cruz (Rubielos de Mora); 6-7. El Punt del Cid (Almenara); 8-9. Monte Mollet (Villafamés); 10. El Palau (Burrriana); 11. Torre de Mal Paso (Castellnovo); 12. Mas de Pere (Onda); 13. Almoina (Valencia, C.U.); 14. C/ Comte de Trènor (Valencia, C.U.); 15. El Sequer de Sant Bernat (Alcira); 16. El Molón (Camporrobles); 17. Castellar de Meca (Áyora); 18. El Castellar (Alcoy); 19. El Castellar de la Morera (Elche); 20. El Tolmo de Minateda (Hellín).